

La historia de Omar o El valor del agua



Érase una vez un hombre llamado Omar que vivía en el pequeño oasis de Izmir.

Izmir, como usted seguramente sabrá, es uno de los tantos oasis que se encuentran en la ruta de las caravanas, en su camino desde el este hacia Bagdad, pequeño, pero de suficiente importancia como para permitir la preparación de la última y más importante etapa antes de entrar en la gran ciudad.

Al ser la última escala, permitía dar aviso de que pronto se llegaría, averiguar los precios actuales en el mercado y dejar en el oasis los objetos ya innecesarios o que podrían recoger a la vuelta y organizar la mercancía para su venta.

A pesar de que no era el más cercano de los oasis a la capital, Omar recibía varias caravanas por mes, que venían a descansar, asearse y prepararse para el tan esperado fin de viaje, era la última gran escala antes de llegar a Bagdad .

Disculpareis el que haya olvidado decirles que Omar trabajaba para su alteza el Sultán Sulimán, me permitiréis que ponga mi mano derecha sobre mi corazón cada vez que mencione su santo nombre, como signo de cariño y respeto al Sultán Sulimán, tan querido, amado y respetado por todos sus siervos por el amor que siempre ha demostrado por ellos.

Como os decía, el trabajo de Omar consistía en mantener el oasis, preparado para las necesidades de los camellos y de sus conductores, que básicamente eran el de proveerles de agua, sitio para bañarse, cobijo y algún producto fresco que las caravanas no disponían.

Hacía muchos años que Izmir había sido uno de los oasis mas frecuentados, debido a su belleza, sus frutos y la abundancia y calidad del agua, hasta que por alguna razón natural, el único manantial de agua que existía en el oasis fue secándose poco a poco, por lo que la inmensa mayoría de las caravanas dejaron de visitarlo por la falta no solo de agua, si no por la escasez de palmeras, higueras y otras plantas típicas de los oasis que daban comida, sombra y frescura durante su estadía.

No os he explicado que Omar vivía en este oasis con su esposa Rashid y su hijita Mara, gracias a una sugerencia de su esposa, Omar consiguió el trabajo como guardián del oasis con el compromiso de arreglarlo, canalizar la poca agua que había y cuidar de las caravanas. En compensación Omar recibía de cada persona y camello que venía al oasis un pequeño pago, que le permitía vivir a él y a su familia.

Pero la verdadera razón por la cual se habían enamorado del lugar, interesándose en hacer de él un verdadero hogar para ellos y sus visitantes, permaneciendo en un sitio tan alejado y solitario, era que tanto Rashid como Omar compartían una gran pasión... el escuchar cuentos, leyendas e historias de tierras lejanas, donde ellos nunca habían estado.

Pero permitidme que os lo explique.

Cuando las caravanas llegaban y después del revuelo creado, después de los interminables saludos, los hombres de las caravanas procedían a dar de beber y de comer a sus camellos, luego la limpieza total del cuerpo y a la hora sagrada, las oraciones. Al oscurecer, la cena y el té a la menta fresca que Rashid plantaba para ese momento, en ese instante era cuando después del primer sorbo de té, con las siempre amables frases sobre la buena calidad de la menta, el jefe de la caravana comenzaba a contar en detalle las anécdotas del viaje, unas veces eran pequeñas historias, o leyendas escuchadas, otras eran los sucesos y percances ocurridos durante el viaje y otras, relatos de los sitios visitados, pero siempre sin excepción, perfectamente narrados.

Después de la introducción de la historia, el jefe pasaba discretamente la palabra al miembro de la caravana que más habilidad tenía en contar historias o al que tenía relación con lo ocurrido, y siempre acontecía que la mejor aventura del viaje, la más

original historia o la más peligrosa, daba pie a que en ese momento de la ruta, habían encontrado, comprado o cambiado, ese objeto especial que tanto estaban buscando para llevarles a sus amigos del oasis de Izmir, Rashid, Omar y Mara.

La pequeña Mara en brazos de Rashid era la que siempre saltaba ante el gozo de los viajantes a recoger el regalo.

Por costumbre era el más viejo de los camelleros el que entregaba el regalo a Mara escondiéndolo un poco para disfrutar más del momento.

Omar era un hombre feliz, todos los miembros de las veinte o treinta caravanas que regularmente hacían los viajes, sabían la pasión que los dos tenían por las historias, ya era casi obligado cuando se encontraban varias caravanas en ruta por los distantes puntos del mundo preguntarse... ¿ya tenéis la historia para Omar y Rashid? O qué historia podemos contarles para este bordado de seda que hemos comprado en Samarcanda, Catay o Sipango. Las historias siempre tenían magia, misterio, las mil y una noches de viajes acumuladas permitían pulir y perfeccionar la historia de tal manera que sus amigos del oasis siempre escuchaban la historia, ya varias veces preparada, contada, repasada, pulida y con las pausas perfectas y la entonación exacta.

Rashid y Omar habían ganado el aprecio sincero de los comerciantes por el tremendo cariño que a su vez ellos les demostraban, por el inmenso cuidado y atenciones que les dedicaban durante su corta estancia en el oasis y por el esfuerzo que hacían durante las ausencias para prepararles el agua, los frutos secos, el pan, el té, y el cobijo y cuando era posible carne, leche y queso de cabra.

Con esta mezcla de aprecio y simpatía por ambas partes, el momento mágico de esa primera noche en el oasis era por todos muy esperada, y la espera nunca fue defraudada.

Después del regalo y la historia, el final de la noche llegaba cuando, con el brillo de la luna en lo alto, las sombras cubriéndolo todo y el fuego como foco de atención, Rashid bailaba una danza corta, sencilla y bien preparada, y al final cuando desaparecía entre los aplausos y risas, sobre la arena se iban desplegando las mantas, el fuego se iba apagando, y el encanto de esa noche quedaba para siempre grabado en el alma.

* * * * *

Pero Omar y Rashid notaban con tristeza que mes a mes, año tras año, el oasis era más tierra y la tierra era más arena y la arena cada vez mas seca. No había suficiente agua para que las palmeras y otros arbustos crearan una barrera a la arena y diesen algunos

frutos. Los dátiles, los higos, los almendros eran cada vez más escasos y la hierba era casi imposible de encontrar, la menta fresca que Rashid cuidaba tanto, usaba gran cantidad de agua. Las cabras abundantes en otros tiempos, que proveían leche, quesos y carne eran ya casi cosa del pasado.

Esta historia no tendría más interés ni os la habría comenzado a explicar sino fuese por lo que ocurrió a partir de ese momento y que ha sido la base de una historia por siglos y siglos contada.

* * * * *

Un día, Omar como de costumbre estaba arreglando el oasis, cuando al mover unas piedras, notó que debajo de ellas, la arena estaba ligeramente húmeda, comprobó que no se hubiese derramado ningún líquido en ese sitio y al ver que no, comenzó a escarbar, notó que muy poco a poco pero sin lugar a dudas, había más humedad de lo normal a ese lado del oasis.

Con la ayuda de Rashid, un par de ancianos y un hombre herido, que esperaban la próxima caravana para salir del oasis, lograron extraer la primera gota de agua. Durante días siguieron la veta de agua, simplemente viendo que dirección seguía la arena más húmeda. Labor ardua al comienzo pero cuando logró conseguir un pequeñísimo flujo constante, la misma agua les habría el camino, agua por aquí, gotas por allá, días y noches pasaron observando, limpiando, encauzando el agua hasta que ya sin lugar a dudas pudieron ver que tenían un manantial, el agua manaba de las piedras, el agua corría, se secaba, volvía a salir, adelantaba, se retorció por el camino que le preparaban.

¿Tendrá suficiente caudal para llegar al embalse?

¿Conseguirá suficiente nivel para que pueda pasar ese montículo?

¿Se secará con el sol de mediodía?

¿Tendrá suficiente agua el manantial para no agotarse en el verano?

Los días que tardó el agua en llegar a la alberca fueron mágicos, cada paso adelantado, cada tramo de acequia añadida era un logro que se celebraba.

¡Ah!, Cuan difícil es que el agua de un paso adelante cuando hay millones de granos de arena sedientos que antes de dejarla pasar toman su parte.

La primera gota que debía llegar al aljibe fue esperada con un silencio absoluto, el último tramo fue interminable, Mara para ayudar al agua a hacer más rápido el camino, con su dedo lo humedecía; Mara no hagas trampas le dijo Omar sonriendo, el agua habrá llegado sin lugar a dudas, cuando la primera gota allí caiga. El sonido que hizo esa gota al caer en el deposito sonó como una cascada.

Toda el agua que hasta ese momento habían probado no valía, era la que caía en el aljibe la que contaba.

Los ancianos al probarla dijeron que era el agua más fresca y cristalina que jamás había saboreado .

Mara se puso el dedo en la boca con las primeras gotas y Rashid tomó un cuenco lleno de agua y regó con ella su menta y sus plantas.

Omar se reía, Rashid era feliz, muy feliz.

* * * * *

Pasaron los días y Rashid le recordó a Omar que trabajaban para el Sultán Sulimán..... su señor (permitidme una vez más al mencionar su santo nombre que ponga la mano derecha sobre mi corazón en señal de cariño y respeto) y que era su obligación informarle de cualquier noticia o cambio que fuese importante.

Tienes razón amada mía, debo ir a presentarme ante él, llevándole un poco de esta agua, para que sepa que en este, su oasis de Izmir vuelve a haber mucha agua, para que sepa que puede enviar si lo desea más caravanas, mensajeros reales, pequeñas patrullas, sabiendo que serán bien atendidos y correctamente acomodados. Y si Alá lo permite el año que viene, habrá más cabras.

Los siguientes días preparó con cuidado su viaje, la mañana de su salida, cogió agua recién salida del manantial y llenó con ella una preciosa botella de vidrio, regalo muy preciado que le trajo desde el lejano Egipto una caravana.

Omar nunca había visto una ciudad, pero después de tantos relatos y explicaciones se sabía de memoria los caminos a tomar.

Hizo pocas paradas, las indispensables para hacer descansar y alimentar a su camello, a pesar de ello tardó casi una semana en llegar a Bagdad.

La belleza de las vistas de la ciudad en la distancia fueron breves ya que Omar quería llegar rápido para hablar con su amo el Sultán...



Al atardecer llegó frente a las puertas de la primera muralla, la cual pudo atravesar fácilmente ya que era la usada por los comerciantes, agricultores y gente del pueblo.

Al llegar a la segunda muralla, los guardas lo pararon, pero debido a su larga explicación, a su simpatía y a la vehemencia del tema a tratar, lo dejaron pasar con una sonrisa.

Al frente de la tercera muralla y en la puerta del palacio, Omar se topó con dos enormes guardianes, los cuales le impidieron el paso y ni se molestaron en contestarle.

Omar al ver que no podía pasar, se plantó al lado de la puerta y durante toda la noche, les explicó una y otra vez a los inmutables guardianes, la importancia de su misión y la necesidad de hablar con su amo el Sultán. Cambios de guardia, nuevas explicaciones, una y otra vez hasta los primeros albores de la mañana.

Tantas veces repitió Omar su historia y con tanta vehemencia, que ¡oh! casualidad ocurrió que el Gran Visir pasó cerca de las murallas y el jefe de guardia que había escuchado repetidas veces desde el interior las explicaciones, se lo contó.

Este a su vez, prestó atención y dándose cuenta del interés de la historia ordenó que hiciesen pasar a Omar hasta que él diera nueva orden.

Cuando el sol comenzaba a borrar las sombras en las murallas, el Gran Visir se presentó como de costumbre en la sala de audiencias en donde dos veces por día su majestad el Sultán escuchaba a sus súbditos e impartía justicia.

El Visir, hombre muy influyente y que gozaba de la amistad y confianza del Gran Sultán le comentó brevemente que deseaba que escuchara a un súbdito con una historia de lo más curiosa.

Una vez los temas más importantes del día fueron abordados y resueltos, el Gran Visir ordenó que Omar se acercara a la sala de audiencias.

Al ser las últimas horas de la mañana, ya pocas personas quedaban en el recinto y después de una indicación del Visir, Omar más pálido que la luna llena, explicó minuciosamente, apasionadamente lo que a Bagdad le traía.

Habló del agua, del agua y del agua, de su oasis, de su labor cotidiana, de la nueva fuente, de su familia, de las caravanas, y de los cuentos y de las largas veladas.

Usó para explicarlo el mismo sistema que usaban los camelleros, sacando la historia de las profundidades del alma.

Al prolongarse la explicación de Omar más de los escasos segundos que una audiencia otorga, algunos de los presentes se acercaron más para interesarse por lo que esta persona a todas luces de estamento muy bajo contaba.

Al ver la sonrisa del Visir siempre al lado del Sultán, hasta los sirvientes buscaban una excusa para acercarse a escuchar lo que allí se contaba.

El silencio, y la atención que el Sultán prestaba a la historia hizo que el habitual murmullo de comentarios, consultas, pasos, toses... absolutamente cesaran... hasta las moscas dejaron de volar para ver que es lo que allí pasaba.

Cuando Omar terminó, con la mirada muy baja, se acercó a los pies del Sultán y dejó allí la botella que con tanto cariño guardaba.

El Sultán, la miró un instante y le preguntó, ¿qué habéis visto de nuestra ciudad?

Nada, Majestad, es la primera vez que visito una ciudad y llegué anoche a la puesta del sol y he permanecido al pie de vuestra muralla hasta que me ha sido permitida la entrada.

¿Habéis comido o bebido algo?

Solo lo que del oasis he traído.

Guardias... llevaos a este hombre donde no pueda ver nada, ni hablar con nadie, dadle de comer y de beber, pero nada de agua, me lo traeréis a la puesta del sol y sobretodo con él, ni una sola palabra.

El barullo fue monumental, cuando el Sultán abandonó la sala, los comentarios eran de sorpresa y enfado total... como es posible que el Gran Sultán trate así a un súbdito tan leal, como es posible que lo encierre así, en vez de agradecerle sus esfuerzos, la mínima cortesía indicaba que se le debía ofrecer posada y agua, los presentes comenzaron a abandonar precipitadamente la sala y se fueron parando a contarle lo sucedido a todos los que a su paso encontraban.

La noticia corrió por la ciudad como fuego en un campo de paja.

Las críticas... eran notables... por el cariño que se esperaba que su Sultán tuviese con cualquier súbdito, por la sencillez del encargado del oasis y de la belleza y encanto de la historia explicada.

Los guardias que tantas veces habían escuchado la historia , al repetirla fueron los héroes de la jornada.

A la hora de la audiencia de la tarde, la multitud entró en la sala pasando los puestos de guardia sin que a tanta gente ellos pudiesen detener, los soldados que llegaron momentos más tarde solo pudieron hacer un cerco cerca del Sultán por si fuera menester.

Las horas fueron pasando, jeques, y embajadores presentaron sus respetos, misiones diplomáticas fueron despachadas, pero de Omar, ni las moscas, ahora muy atentas sabían nada.

Murmullos lejanos que se iban aproximando demostraban que el motivo por el cual todos estaban allí al fin había sido llamado.

Una vez más en presencia del Gran Sultán, Omar se arrodilló esperando su suerte.

El silencio, total

¿Si te pidiera que me contases una historia como la que contáis en el oasis sobre esta ciudad, que me dirías?

Gran Señor poco podría contaros de una ciudad que no he visitado, a menos que me pidas, que la invente.

Si te ordeno que vuelvas a tu oasis a continuar tu labor, que me pedirías.

Solo vuestro permiso.

¿Cuál es el agua más fresca que jamás hayas probado?

La del oasis de Izmir mi Señor, sin lugar a dudas.

¿Cuándo vuelvas a tu oasis qué historia alegre contarás a tu esposa y a tu hija?

Omar baja la vista y no responde.

Te ordeno pues que, vuelvas a Izmir inmediatamente, una patrulla te acompañará un día de camino. No te detengas ni vuelvas atrás ni hables con nadie. Y prepara como siempre el oasis hasta que recibas mis ordenanzas.

Silencio.

Cuando Omar salió de la sala, el Sultán, como cuando anunciaba grandes acontecimientos... exclamó.

Gran Visir, ordena a tu guardia que acompañe a Omar exactamente por el mismo camino por el que llegó hasta aquí, esta misma noche, que la luz del día le coja lejos de Bagdad.

Pide a tus guardias que bajo ningún concepto dejen a mi súbdito desviarse de esa ruta, que no le hablen, ni le permitan hablar ni detenerse hasta que se encuentre bien lejos de Bagdad, que no vea, ni oiga, ni sospeche que aquí en Bagdad tenemos la mejor agua, que cada fuente de esta ciudad saciaría 10 de sus oasis, pero que la belleza de nuestros ríos, embalses, aljibes y acequias no tiene comparación al amor de mi súbdito hacia su tesoro, el agua del desierto, que no quiero que una persona que ama tanto lo que tiene, piense que no aprecio lo que me ha traído, que para mí tiene más valor su botella que mil tinajas y cien fuentes.

Por ello deseo que piense lo que es cierto,
que en Izmir todos tenemos un tesoro, el agua,
que yo tengo un fiel guardián,
las caravanas a un amigo
y a mí, su gesto me ha llegado al alma.

La gente abandonó la sala, entre alegre y apenada... Omar no había visto el agua de Bagdad ni tomado el baño en la mañana, ni escuchado sus cascadas, ni le habían contado alguna historia para llevar a su amada...

Pero tampoco había sido humillado por su botella de agua.

Van pasando los meses de tormentas... las caravanas en esta época no vienen y a pesar de ello Omar y Rashid, tienen más trabajo que nunca, la arena sepulta agua y árboles, el viento rompe ramas y cobijos y borra los caminos.

Un día inesperadamente llega la primera caravana de la temporada, por primera vez acompañada de soldados, y por la indumentaria y porte de las personas, de gran importancia.

Según parece se dirigen al lejano Omán.

Ellos ya tienen el oasis listo, para atender la siempre esperada primera caravana.

Los dos saben cuan importante es esta primera visita, ya que de ella depende que la misma caravana a su vuelta, vuelva a Izmir, y que durante su trayecto cuando se encuentre con las otras caravanas que están de retornos las animen a visitar su oasis.

Todo ocurre como de costumbre, cuidado de los animales, limpieza corporal, oraciones...

Sin embargo Rashid como mujer, nota cierta discreción y 'escurrimiento' cuando se trataba de hablar con los diferentes miembros de la caravana, supuso que era a causa de la presencia de soldados y de un misterioso personaje que se había hecho poco visible.

Esa noche como siempre, después de la cena, bajo las palmeras y alrededor del fuego, el desinterés y la indiferencia mostrada durante el día se convierte en casi exaltación cuando el jefe de la caravana comenzó a hablar.

Hace unas semanas, en nuestro pequeño pueblo cerca de Bagdad, habíamos comenzado a preparar febrilmente todo lo necesario para este viaje. Animales, equipos, enseres, mercancías con que comerciar, comida, agua y cobijos, trabajo arduo que nos impidió durante varias semanas estar al tanto de lo que ocurría en Bagdad.

Cuando una vez iniciamos nuestro viaje y pasamos delante de las murallas exteriores de la gran ciudad, los guardias nos preguntaron hacia donde nos dirigíamos y por que camino.

Se lo indicamos y nos pidieron que antes de continuar nuestra ruta, el Gran Visir deseaba hablar con el responsable de la caravana.

La inmensa preocupación que demostré, por el problema en que podía estar metido, me fue grandemente reducida, cuando el jefe de guardia me explicó que era cosa de un par de horas y que si lo deseaba podía permitir que mi caravana se adelantara para no perder camino.

Ordené a la caravana proseguir y me presenté ante el Gran Visir.

Desearía pedirte me explicó, que ya que te diriges hacia el Oasis de Izmir permitas que una patrulla de soldados te acompañe, ya que deben llevar al oasis a una persona importante, 20 camellos con carga, unos presentes y un mensaje.

Accedí con alivio, y tras esperar unas horas iniciamos el camino.

El jefe de la caravana se acercó al que debía ser por su porte un gran personaje y recibió de él un documento.

Después de una semana de viaje, cumplo lo que así me ha sido encargado, al entregarte Omar, este mensaje, y las ocho cabras y 2 pequeños cabritos que nos han sido muy difícil esconder durante toda la tarde.

Omar, con Rashid en sus brazos, aceptó temblando el pergamino lacrado, que el jefe de la caravana le entregaba.

El jefe no se movió de su lado hasta que Omar rompió el lacre, al ver la primera duda de Omar y sabiendo la escasa capacidad de Omar para leer, doblando la rodilla le tomó el pergamino y a su lado leyó.

A mi súbdito y fiel sirviente Omar.

Yo Sulimán, amo y señor del Oasis de Izmir

Deseo canalizar las aguas que hay en el oasis, para que en el plazo de un año y si hay suficiente agua, sea parada importante de todas las caravanas que desde el este se acercan a Bagdad.

Pido que se preste la mayor ayuda a Tarip, mi fiel constructor de palacio para que comience el estudio y ejecución de dicha obra a la cual según mis ordenes deberá dar la máxima importancia.

Ordeno a Omar mi súbdito, que al final de la obra venga a Bagdad con su esposa e hija, como mi invitado a palacio, a informarme y contarme, en la primera noche de su estancia, sobre el agua, la comida y las caravanas, y yo si me lo permite le enseñaré nuestros baños, fuentes y cascadas.

Envío además varias cabras como muestra de la confianza que tengo en que habrá suficiente hierva y agua, la más pequeña de las cabritas, la blanca, para Mara.

Mara intentó levantarse, pero fue rápidamente sujeta por su madre ante el reír de los presentes.

Por último devuelvo al Oasis la botella que se me entregó con el mayor tesoro de un desierto, ahora llena con el mayor de los tesoros de mi palacio, perfume de Azahar, para que la primera noche de la llegada de cada caravana y antes de la gran velada, se abra para deleite de los que durante tanto tiempo han estado ausentes de nuestra patria.

Pido al jefe de la caravana que como es costumbre, explique una historia que haya oído en Bagdad, y que a partir de este momento el contar una historia por cada caravana, sea parte de la primera velada.

Sulimán El Magnífico

El jefe de la caravana, sacó de una bolsa la botella que Omar había llevado a Bagdad, la abrió un instante cerca del fuego, en el centro del círculo y cuando vio que Rashid al recibir el aroma, se cubría los ojos para sentir más intensamente el perfume, volvió a su sitio en el círculo y como tantas otras veces había hecho, tomó un sorbo de té y comenzó.

Quiero esta noche explicar la extraordinaria historia de una botella de agua que se convirtió en perfume de azahar y de los diversos incidentes que ocurrieron durante ese tiempo para que tal prodigio aconteciese.

Erase una vez un hombre llamado Omar que vivía con su esposa Rashid y su hijita Mara en el pequeño Oasis de Izmir...

*París
Omán*